

MODELO NEOLIBERAL Y DISEÑO SOCIOPOLÍTICO. COMENTARIOS SOBRE EL CASO CHILENO¹

Mg. Carlos Patricio Zúñiga Jara
Doctorando en Procesos Sociales y Políticos en América Latina (PROSPAL)
Universidad Arcis
carloszuniga90@hotmail.com
Temuco, Chile

Presentación

A continuación exponemos una serie de reflexiones que giran en torno a una idea central: Tras la captura del Estado en septiembre de 1973, los militares imponen un nuevo diseño sociopolítico. Tomando como partida argumentos expuestos por Tomás Moulian (1997), consideramos que la transformación socio cultural de Chile obedece a un proyecto fundacional ejecutado como una “especie de” diseño experimental: por medio del control de la política y la economía se produjo una radical transformación en la cultura. El chileno de 1930 se reconoce en el chileno de 1960, con todos los cambios que se viven en esas décadas, hay una continuidad cultural. En cambio, creemos que el chileno de los sesenta no se reconoce en el chileno de los noventa, son en realidad habitantes de países distintos. La continuidad cultural es rota por el diseño sociopolítico impuesto por los militares. Las visiones y definiciones de los chilenos sobre la vida, la muerte, el amor, la familia, etc., cambian radicalmente, conformando en definitiva nuevas identidades.

El control de la política se efectuó por medio de la prohibición de toda manifestación ciudadana, en un espectro tan extenso que abarcó desde el cierre del Congreso, la declaración de la ilegalidad de los partidos políticos, hasta la prohibición de elecciones en los centros de alumnos de colegios y universidades. El proceso de expansión de la ciudadanía, que marca gran parte del siglo XX en Chile, debió ser visto como una amenaza por parte de los sectores conservadores, por lo tanto, el control que se ejerció sobre ella –*manu militari*– fue brutal. Si bien es cierto, la política pasó a una dimensión clandestina, no es en esa dimensión donde se desarrolla la ciudadanía. La variable económica, en tanto, consistió en un radical cambio de modelo, el reemplazo del modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI) asociado a un Estado fuerte, por un modelo neoliberal, en donde el mercado pasaría a ser determinante, no sólo en cuestiones económicas sino, como veremos, en aspectos sociales y culturales.

Los efectos de la interacción de estas variables tuvieron como consecuencia una radical transformación de la cultura, cuyos elementos más distintivos serían, a nuestro juicio, la instalación del consumo como vínculo social y una profundización del individualismo. Con todas sus limitaciones, el país que se construyó desde el “Capitalismo de Estado” generó condiciones de crecimiento económico y fundamentalmente, de transformaciones sociales. Por ejemplo, en términos de participación política no es comparable el Chile de 1920 al de 1960. Con todas las críticas que pueda merecer la política de mediados del siglo XX, existe una relación entre política e identidades individuales y colectivas, lo que refleja la configuración de un tejido ciudadano.

¹ Una versión de este artículo fue presentada el año 2007 en el Seminario “Capitalismo y Democracia” dictado por el Dr. Héctor Vega. Programa de Doctorado en Procesos Sociales y Políticos de América Latina de la Universidad ARCIS.

En este escrito, ponemos énfasis en la “variable” económica, estableciendo un cierto itinerario sobre el proceso de instalación del modelo neoliberal, el rol del Estado en la imposición del nuevo diseño sociopolítico y sus posibles efectos sobre la cultura. En esta mirada consideramos al Estado como instrumento para la instalación de los diseños sociopolíticos, que en caso de ser exitosos, se traducen en una identidad pública que posibilita la configuración de los contenidos del *eidós*. Un diseño sociopolítico efectivo es aquel que tiene la capacidad de influir o modificar el ethos cultural.

Antecedentes Generales. El Contexto Histórico

En términos económicos, desde el siglo XVI hasta la actualidad, Chile va a moverse bajo tres modelos:

- a) Un modelo de “Crecimiento Hacia Afuera”, que se extiende desde la llegada de los españoles hasta 1929 (lo que hoy llamaríamos una economía primaria exportadora), con ciclos asociados a productos que permitieron la conexión directa o indirecta de Chile con los mercados mundiales. Un breve ciclo “fundacional” en torno a la extracción de oro en lavaderos (que posibilitará la justificación de la empresa de Pedro de Valdivia); dos ciclos “hacendales”, con la exportación de cueros, sebo y carne seca a Potosí (siglos XVII y XVIII), las breves bonanzas trigueras del siglo XIX vinculadas a los mercados de California y Australia. Y los ciclos “mineros” asociados a la explotación de oro, plata, cobre y salitre (siglos XVIII, XIX y XX).
- b) Desde 1929 hasta 1973 la economía chilena se organiza bajo un modelo de “Crecimiento Hacia Adentro”, a través de una Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI).
- c) Después del “Golpe Militar” la economía se ordena bajo un modelo de “Crecimiento Hacia Afuera”.

El contexto histórico de la instalación del modelo neoliberal en Chile, tiene sus antecedentes más inmediatos en el proceso de radicales transformaciones iniciadas durante la década de 1960. Consecuencia de un lento proceso de reconfiguración de las estructuras sociales, políticas y económicas. Los cambios sociales, culturales y económico que se desarrollan en la década de 1960 se enmarcan dentro de una temporalidad mayor, al menos desde 1920, fecha en la se inicia en Chile lo que algunos han llamado la “rebelión del electorado” (Gil, 1969), el reemplazo de las élites dominantes, debido al paulatino ascenso al poder político de las clases medias y populares, que se desarrollan al alero de un Estado protector (sic). A juicio de Federico Gil (1969), para el posicionamiento de la mesocracia chilena, es posible señalar tres momentos culminantes: El triunfo político de Arturo Alessandri en 1920; el ascenso al poder del Frente Popular en 1938; y la victoria de la Democracia Cristiana en 1964. En nuestra opinión, se debería agregar un cuarto momento: el gobierno de Salvador Allende como culminación de un proceso de incorporación de los sectores medios y populares a la vida política. Lo anterior, junto con significar una profundización de la democracia chilena, aumentó ostensiblemente el nivel de demanda sociopolítica y con ello la presión sobre el Estado (Claude, 1997).

La instalación de la ISI en Chile sigue un itinerario complejo del que bosquejaremos algunos aspectos relevantes para entender la conexión con el modelo neoliberal.

La crisis económica de 1929 va a golpear fuertemente a Chile, “... un informe de la Liga de las Naciones demostró que Chile fue el país más golpeado por la Gran Depresión...” (Meller, 1996: 48). Con un escaso desarrollo del mercado interno y una dependencia excesiva de los mercados externos, la solución a la crisis estará asociada a la implementación del modelo ISI.

“La Gran Depresión condujo al brusco abandono de la estrategia orientada a la exportación de recursos naturales y de las políticas de *laissez-faire*. Ello no obedeció a una motivación ideológica, sino que fue una imposición de la naturaleza y gravedad de los problemas económicos generados por la Gran Depresión: seguir apoyándose en las exportaciones (del nitrato o el cobre) no era ya posible... de

acuerdo al entorno internacional de la época, las prioridades del desarrollo tendrían que orientarse hacia los sectores que producían para el mercado interno...” (Meller, 1996: 49).

Para Patricio Meller (1996), Chile sigue la estrategia de la ISI desde la década de 1930, mucho antes de que la CEPAL definiera las orientaciones políticas y los marcos conceptuales en la década de 1950, por lo tanto, podríamos identificar dos etapas en su implementación: la primera desde 1930 hasta 1950 con una instalación precaria y la segunda desde 1950 a 1970 de profundización (y crisis) con la instalación de un cuerpo teórico y una mayor influencia de la industria sobre la economía.

El siglo XX se define como un siglo corto, para Eric Hobsbawm, “...es posible considerar con una cierta perspectiva histórica el siglo XX corto desde 1914 hasta el fin de la era soviética...” (1998: 7), por los dramáticos eventos que lo marcaron y que posibilitaron cambios sociopolíticos globales. Así, la Industrialización por Sustitución de Importaciones estuvo marcada, en su primera etapa, por eventos internacionales como la “Primera Guerra Mundial”, la “Gran Depresión” y la “Segunda Guerra Mundial” que limitaron el intercambio internacional para Chile y América Latina. En el caso de las guerras, las economías europeas y norteamericana estuvieron orientadas hacia el esfuerzo bélico, por lo que la posibilidad de importar se vio reducida y las exportaciones se orientaron hacia una política que podríamos definir como “colaboraciones de guerra”.

Desde 1950 a 1970 se,

“... buscaba alcanzar dos objetivos: independencia económica respecto de los mercados mundiales y reducción de la vulnerabilidad externa. La ISI era el modo más fácil de alcanzar estos dos objetivos. De hecho, antes de la década de 1960 se creía que era el único mecanismo conducente a la industrialización; la industria naciente debía ser protegida. Este había sido el patrón de desarrollo de los países industrializados en el siglo XIX. Los principales instrumentos utilizados para promover esta estrategia fueron una alta protección arancelaria, incentivos especiales a las manufacturas mediante crédito barato y acceso especial a las divisas e inversión pública orientada a complementar la producción industrial...” (Meller, 1996: 50).

Es en esta etapa en donde se pasa de una economía fundamentalmente agrícola y minera a una economía con una estructura semiindustrializada donde el sector manufacturero se convirtió en el motor del crecimiento del país (Muñoz, 1992).

Rosemary Thorp, considera que bajo el modelo ISI Chile y América Latina consiguieron,

“el crecimiento más rápido del siglo y se consiguió un progreso notable tanto de la producción como de la productividad laboral, respaldados por el auge de la infraestructura y la prestación de servicios. Se produjo, al mismo tiempo, una transformación de los indicadores de desarrollo humano. En los años sesenta, descendió el porcentaje de personas en la pobreza y hubo algunos indicios en unos pocos países de que se había frenado el empeoramiento de la distribución del ingreso...” (Thorp, 1998: 295).

Sin embargo, junto con permitir una mayor complejidad de la economía chilena (modernización si se quiere) estas transformaciones tuvieron efectos negativos “... para el desarrollo global del sistema, en la medida que se generó un peligroso rezago de la producción agrícola y minera. Estos sectores que habían sido las bases del vigoroso crecimiento exportador que tuvo el país durante el siglo XIX, se convirtieron así en un factor de freno para el crecimiento global de la economía...” (Muñoz, 1992: 172).

Hacia la década de 1960 se presentan evidencias del agotamiento de la ISI.

“El estancamiento de la agricultura; la excesiva concentración del comercio exterior en algunos pocos productos,... que limitaba severamente los grados de libertad en el comercio exterior y en el manejo de la balanza de pagos; la inestabilidad de los precios de las exportaciones tradicionales, que se transmitía a la economía interna; las presiones inflacionarias; y los crecientes y agudos conflictos sociales que provocaba el deterioro del nivel de vida y las expectativas de mejoramiento social que inducía el desarrollo político democrático, fueron los primeros síntomas de que algo no andaba bien con la industrialización chilena...” (Claude, 1997: 22).

De la reflexión que nos impone la bibliografía revisada, nos queda la impresión que el agotamiento del modelo de “Crecimiento Hacia Adentro”, no sólo fue una cuestión política centrada en la incapacidad del Estado, sino además, una falencia del empresariado chileno, su inmadurez, falta de voluntad e incapacidad para superar una relación dependiente y demandante con el Estado.

Los gobiernos que se suceden desde 1958 a 1973 trataron, con políticas muy diversas, de subsanar el problema de la inflación y crear un modelo de crecimiento que no generara endeudamiento externo, intentando maximizar los ingresos de las exportaciones del sector minero. Sin embargo, toda economía donde las importaciones son tan importantes y las exportaciones tan variables, tiende a la inestabilidad. En este caso, el problema siempre fue la variación de los precios internacionales (Angell, 1993). La única forma de subsanar los problemas económicos de país y de reactivar el crecimiento, era incentivando la inversión privada, cosa que intentaron los tres gobiernos de este período. En esta perspectiva, Alessandri ofreció beneficios al sector privado, Frei intentó el ahorro forzoso a partir de las contribuciones de los trabajadores (pero la resistencia sindical lo impidió) y Allende enfrentó un total bloqueo y boicot de la inversión privada (Angell, 1993).

Ampliando los conceptos anteriores -siguiendo reflexiones de Oscar Muñoz- el proyecto de Jorge Alessandri habría “...buscado la modernización económica y una relativa liberalización de los mercados, pero manteniendo un papel activo del Estado en la inversión pública y en la movilización de los ahorros sobre todo en el exterior...” (1992: 177) para esto, se consideró indispensable la estabilización de los precios para lo cual se recurrió al endeudamiento externo. La incapacidad de sostener en el tiempo estas medidas afectó la liberalización de la economía deteriorando los salarios reales (Muñoz, 1992). “Aunque la economía y la inversión privada se reactivaron, el malestar y la frustración social ante el aumento de las desigualdades condujeron a una recomposición de las fuerzas políticas, desgastando a los partidos políticos tradicionales y fortaleciendo a los que propiciaban cambios estructurales, vale decir, a la Democracia Cristiana y los partidos de izquierda...” (Muñoz, 1992: 177).

El proyecto de Eduardo Frei Montalva pretendió,

“... impulsar una nueva fase más avanzada de la industrialización y realizar algunas reformas que modernizaran socialmente al país, permitiendo una democratización económica y una participación más activa de la base social en las instituciones,... para el gobierno de Frei la modernización económica no podía reducirse exclusivamente al aparato productivo y a la gestión estatal. Si no iba acompañada de una redistribución del ingreso, una mayor justicia social y una participación efectiva y descentralizada, no habría un desarrollo real y compatible con la democracia política...” (Muñoz, 1992: 177).

Para nuestra argumentación, la situación del proyecto de la Unidad Popular se nos presenta como más compleja porque es la instancia que permite el quiebre de una “matriz sociopolítica” (Garretón, 2004) para el paso a otra.

“El programa de la Unidad Popular situó los cambios dentro de la institucionalidad y la legalidad vigentes,... se opta en dicho programa por formas de legitimación propias de la democracia representativa y

no por formas de legitimación revolucionaria... la vía chilena al socialismo siempre fue considerada como un segundo modelo o camino... distinto al modelo clásico de la 'dictadura del proletariado'..." (Guardia, 1992: 157).

En palabras de Salvador Allende -citado por Guardia- el proyecto de la Unidad Popular requería de innovaciones políticas, económicas y también teóricas:

"La tarea es de una complejidad extraordinaria porque no hay precedente en que podamos inspirarnos. Pisamos un camino nuevo; marchamos sin guía por un camino desconocido, apenas teniendo como brújula nuestra fidelidad al humanismo de todas las épocas - particularmente al humanismo marxista- y teniendo como norte la sociedad que deseamos (...) en términos más directos, nuestra tarea es definir en la práctica, como la vía chilena al socialismo es un modelo nuevo de Estado, de economía y de sociedad, centrado en el hombre, sus necesidades y sus aspiraciones (...) tenemos que desarrollar la teoría y la práctica de nuevas formas de organización social, política y económica, tanto para la ruptura con el subdesarrollo como para la creación socialista..." (1992: 157).

A diferencia de los gobiernos anteriores, el proyecto de Salvador Allende no se proponía la modernización del "Capitalismo de Estado", sino la instalación del socialismo en Chile. La pregunta que aun nos sigue rondando es si dadas las condiciones internas y externas de la época ¿habría sido posible la instauración del socialismo en Chile? Preliminarmente, a modo de respuesta, exponemos argumentos siguiendo a Regis Debray -citado por Alexis Guardia (1992)- y a Héctor Vega (1984 y 2001).

Para Debray la vía chilena al socialismo constituye un "escándalo teórico", porque esto suponía que "las clases dominantes tolerarían su propia desaparición o "suicidio" sobre la base de la legalidad e institucionalidad vigente" (Guardia, 1992: 158). Apoyando este argumento no debemos olvidar que todo el armado institucional, desde la construcción del Estado hasta las particularidades del funcionamiento político y económico, fue configurado en función de las necesidades de la élite.

De la argumentación de Héctor Vega recogemos dos ideas: La primera, referida a las deficiencias en la estrategia político-económica de la Unidad Popular que no supo o no pudo configurar una alianza con el centro político y por lo tanto con los sectores medios de la sociedad. Esta alianza, no se dio por "ceguera cognitiva" (cualquier negociación con el centro habría inhibido el "avanzar sin transar"); o por habilidad de la derecha que si definió esa asociación para sus fines. En palabras de Vega, "la clase media pierde su carácter mediador en beneficio de los sectores sociales y políticos ligados al capital transnacional..." (2001: 43). Esta argumentación es compartida por Guardia (1992), quien señala que el hecho de que la Unidad Popular no haya podido consagrar una mayoría institucional por la vía de las alianzas con el centro político, es esencial para entender la caída del proyecto de la Unidad Popular. La segunda idea que recogemos de Vega (1984), es que la Unidad Popular no supo o no pudo crear una "base social de apoyo" para las grandes transformaciones que planteaba. Por lo tanto, a juicio de Vega, nunca hubo transición al socialismo. El gran desafío de la Unidad Popular habría sido construir una política para el 85% de la población y esa política nunca existió. Las ataduras propias del modelo político económico, sumado a la incapacidad de definir políticas eficientes en el mediano y largo plazo no permitieron la configuración de esta "base social de apoyo". Al respecto, Vega señala que el 65% de la fuerza de trabajo en el Chile de la Unidad Popular no estaba incorporado al programa de cambios para iniciar un programa de transición hacia el socialismo. O para ponerlo de manera más cruda, por el sólo hecho que no estaban considerados, las medidas de la UP no llevaban a una transición. En ese escenario, lo más que se podía conseguir eran programas asistenciales sin mayor alcance político (Vega, 1984).

Los argumentos anteriores debemos sumarlos dentro de las condiciones que permiten el colapso de la democracia en 1973: un agotamiento estructural. La incapacidad del modelo sociopolítico para dar cuenta de las crecientes demandas que se habían implementado al alero

del Estado. Sectores hasta entonces postergados emergen con nuevas demandas: mujeres, indígenas, pobladores y campesinos. En este sentido, la Reforma Agraria resulta emblemática como proceso de incorporación de sectores marginados, desde el Estado. La explicación de Norberto Bobbio, resulta entonces absolutamente plausible para explicar el caso chileno: "...una sociedad se vuelve más ingobernable en cuanto más aumentan las demandas de la sociedad civil y no aumenta paralelamente la capacidad de las instituciones para responder a ellas..." (1997: 44).

La década de 1960 significó en Chile un creciente proceso de incorporación de los sectores medios y populares a la vida político-económica nacional, lo que podríamos calificar como la culminación de un proceso de secularización de las relaciones sociales, esto es, que dichas relaciones ya no estarán mediadas por lo totémico o religioso, sino por el mercado. Nos atreveríamos a decir que después de la década de 1980 se produce en Chile el posicionamiento del universo valórico burgués, es decir, la sociedad se organiza en función del dinero y del trabajo.

De acuerdo a lo anterior, consideramos que el proceso de implementación de un diseño sociopolítico de carácter fundacional por los militares, significó imponer la construcción de una nueva identidad para los chilenos, o más bien, de nuevas identidades. Un diseño en donde se plantea la dicotomía del "país que somos" con el "país que queremos ser". Este "queremos ser" forma parte de una voluntad política, o quizás una obsesión por construir el "Chile Actual", al decir de Tomás Moulian "... lo que en realidad se buscaba era resituar a Chile, construirlo como país confiable y válido..." (1997: 33).

La Instalación del Modelo

Hacia la década del 1950 se inicia el contacto entre la Escuela de Economía de la Universidad de Chicago y una mediocre Escuela de Economía de la Pontificia Universidad Católica de Chile que, en el escenario de la época, no tenía ninguna posibilidad de debatir o competir con los dos centros más potentes en producción de conocimiento económico: La Universidad de Chile y la Comisión Económica para América Latina (CEPAL).

La sospecha que se instala con las primeras lecturas sobre el tema, es que el interés de Estados Unidos apuntaba básicamente a crear un polo de reflexión en economía que generara un contrapeso a la influencia de CEPAL, no sólo en Chile, sino en el resto de América Latina. Siguiendo las reflexiones de Juan Gabriel Valdés, consideramos que se habría tratado de un cuidadoso proceso de transferencia ideológica, destacando

"... los esfuerzos conscientes de Estados Unidos para exportar su "modernidad" a través de la transferencia de conocimientos y de tecnología, que aparentemente ayudarían a los países en desarrollo a mejorar su calidad de vida, su organización social y su potencial de crecimiento económico. Una de las iniciativas más importantes en el marco de estos esfuerzos fue la de promover "acuerdos universitarios" entre las universidades Estadounidenses y las del mundo en desarrollo..." (1989: 103).

Tal como lo sugiere Ramírez Necochea (1970) Chile ha transitado por distintas esferas de influencia: española, francesa, inglesa y estadounidense. Por lo tanto, no debe resultar tan novedoso el hecho de plantear un proyecto de transferencia ideológica. La intención de Estados Unidos de influir directamente en las decisiones económicas de Chile en la primera mitad del siglo XX, tendría sus antecedentes en la "Misión Kemmerer" en la década del veinte y la "Misión Klein-Sack" en los cincuenta, esta última definida como una "especie de anticipo de los Chicago Boys" (Almeyda, s.f.). Para la Universidad Católica, el convenio representaba la posibilidad de acceder a un poderoso aliado y potenciarse académicamente en una línea más acorde con el espíritu conservador de la Universidad. Para Estados Unidos -a través de la Universidad de Chicago- el convenio les presentaba la posibilidad de "...neutralizar, o a lo menos atenuar, la manifiesta influencia sub-regional exhibida, tanto por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), con sede en Santiago, como por la Facultad de Economía de la

Universidad de Chile, instituciones que aplicaban, en la docencia e investigación, un enfoque estructuralista...” (Cáceres, s.f.).

Juan Gabriel Valdés -citando un trabajo de Pedro Ibáñez y Rolf Lüders- describe así el proceso:

“A mediados de la década de los cincuenta la Universidad de Chicago había iniciado un programa de intercambio académico con la Universidad Católica de Chile, destacando algunos de sus profesores en Chile para investigar y recibiendo alumnos chilenos para realizar estudios de postgrado. En virtud de ese programa y por intermedio de becas complementarias, alrededor de una centena de estudiantes habían completado sus estudios, graduándose en la Universidad de Chicago. Hasta 1972 muchos de estos economistas –de vuelta a Chile- ingresaron a la universidad en calidad de profesores de tiempo completo. Algunos otros ingresaron a funciones públicas, especialmente durante el gobierno de Frei. Los demás se incorporaron a las principales empresas del país, pero todos formaron una comunidad –cada año ampliada por las generaciones de nuevos economistas que egresaban de las universidades chilenas- que compartía un lenguaje técnico, un enfoque racionalista a la solución de los problemas, y el anhelo de contribuir con sus esfuerzos a una sociedad próspera, justa y libre...” (1989: 16).

El convenio firmado a fines de marzo de 1956 entre la Universidad Católica, la Universidad de Chicago y la Administración para la Cooperación Internacional, que da origen al Proyecto Chile, “... tenía inicialmente una duración de tres años, previéndose su finalización en la primavera de 1959. Sin embargo, en esa fecha se acordó extenderlo hasta 1961, a lo cual siguió otra extensión más hasta junio de 1964...” (Valdés, 1989: 177).

Desarrollo y Posicionamiento del Pensamiento Neoliberal en Chile

El primer antecedente que encontramos del “efecto Chicago” sobre la economía chilena corresponde al gobierno de Jorge Alessandri (Cáceres, s.f.). Parte de su estrategia económica consistía en el fortalecimiento del sector privado y la apertura de la economía a intereses extranjeros. Su intento por reactivar la economía duró poco ya que la inflación comenzó a acelerarse, sumado a la oposición de los trabajadores a su gestión (Angell, 1993).

En la década de 1960 el “ideario Chicago” se abre más allá de las aulas, intentando influir sobre empresarios y políticos de derecha, instalando perspectivas alternativas a las visiones estructuralistas y marxistas más en boga en la época. Gonzalo Cáceres, menciona tres hitos que permitieron potenciar las ideas de los “Chicago” más allá de su círculo:

“... la actuación de Agustín Edwards B., influyente empresario y propietario del más importante diario de circulación nacional. Edwards, que durante 1955 había adherido ampliamente desde las columnas de El Mercurio a las orientaciones estabilizadoras y aperturistas de la misión Klein-Saks, fustigaría, más tarde, el discurso proteccionista del empresariado nacional y las debilidades gubernamentales para sostener en el tiempo una política anti inflacionaria. No es de extrañar, entonces, que el grupo de abogados y empresarios adscritos al grupo económico Edwards, que compartían una visión pesimista del desarrollo nacional, en su opinión derivada del predominio de los estructuralistas de CEPAL, los planificadores y los estadistas, brindara un explícito y decidido apoyo al “Proyecto Chile”...” (Cáceres, s.f.).

En 1963, también por iniciativa de Agustín Edwards B., se creó el Centro de Estudios Socio Económicos (CESEC), “... con el fin de contribuir al pensamiento económico de la derecha y, al mismo tiempo, defender los principios de la libertad de mercado y de la eficiencia económica. El funcionamiento de CESEC se prolongó hasta la campaña presidencial de

1970...” (Cáceres, s.f.). El otro hito que agrega Cáceres, en el posicionamiento de las ideas “Chicago”, corresponde al año 1967, en el que “un grupo de neoliberales formados al amparo del “Proyecto Chile” comenzó a editar en El Mercurio una Página Económica...” (Cáceres, s.f.). En 1968 Pablo Barahona, Paúl Aldunate, Sergio de Castro y Emilio Sanfuentes fundan la revista Polémica Económico-Social, también con el propósito de difundir las ideas neoliberales (Cáceres, s.f.).

En las elecciones de 1970, Alessandri insiste con los postulados neoliberales a través de un “programa alternativo” de gobierno: “...apertura económica; eliminación de las prácticas monopólicas; liberación del sistema de precios; modificación del sistema tributario y previsional; creación y formación de un mercado de capitales; protección del derecho de propiedad...” (Cáceres, s.f.). Sin embargo, divisiones internas entre “duros” y “blandos” debilitaron el bosquejo programático.

Oportunidad Política

El golpe de Estado de septiembre de 1973 fue consecuencia de una serie de factores internos y externos de mediano y largo plazo: La “Guerra Fría”, la búsqueda del control de recursos naturales por parte de EE.UU., el agotamiento del modelo ISI, la presión sobre el Estado de los partidos políticos y la Sociedad Civil, etc. Factores que provocaron el quiebre de lo que Manuel Antonio Garretón (2004) denomina la “matriz sociopolítica”.

Para entender esta fractura identificamos dos ejes: El primero sería la reacción de la oligarquía frente al ascenso de la mesocracia. La recuperación del Estado a manos de la oligarquía generó las condiciones para un orden social que replantea la sociedad estamental del siglo XIX, extraviada bajo los intentos mesocráticos y populares.

El segundo eje, es la presión de los grupos emergentes sobre el Estado. La ampliación de la participación política y la instalación de lo que podríamos llamar una “ciudadanía plebeya” se consiguen gracias a la captura del Estado, consecuencia de un lento proceso de reconfiguración de las estructuras sociales, producto del agotamiento del modelo oligárquico. Sin embargo, será este mismo proceso de participación el que provocará una excesiva presión sobre el Estado, reiterando ideas de Bobbio (1997), la sociedad chilena se volvió ingobernable como consecuencia del aumento de las demandas de la sociedad civil y la incapacidad de las instituciones para responder a ellas.

La ruptura democrática de 1973 se produce por el agotamiento de un modelo político y económico. En términos coyunturales, va a ser consecuencia de la polarización de la sociedad Chilena y del juego internacional en torno a la “Guerra Fría”. En términos estructurales, consecuencia de la reacción de las elites tradicionales desplazadas por la mesocracia en el control del Estado. El gobierno de la Unidad Popular va a ser visto como una especie de “amenaza civilizatoria” por la oligarquía, un atentado contra sus valores y estilos de vida. Por lo tanto, el Golpe Militar, al menos en un primer momento, puede ser considerado como la posibilidad de reconfigurar ese mundo amenazado. Una recuperación del Estado por parte de la Oligarquía. Sin embargo, lo que tenemos con la dictadura, es la instalación de un proyecto fundacional asociado a nuevas elites tecnocráticas (orientada por visiones de mundo burguesas), distinta a la oligarquía tradicional (orientada por visiones de mundo con influencias señoriales).

La alianza entre militares, empresarios y académicos permitirá la formación de un nuevo orden social y político, articulado a una transformación económica. El modelo neoliberal de los “Chicago boys” posibilitará “... la reconstitución del orden capitalista en el país y su reinserción en el sistema capitalista internacional...” (Garretón, 1994: 152). Este “nuevo orden” político-económico configurará un escenario sociocultural, radicalmente distinto al que existía antes de 1973.

Desde 1973 en adelante, Chile es sometido a un radical proceso de transformaciones políticas, sociales y económicas llevadas a cabo por una dictadura militar institucional (1973-1989), al estilo de las nuevas dictaduras latinoamericanas que inauguran los brasileños en 1964 (Maira, s.f.). En Chile, las grandes transformaciones sociopolíticas de los siglos XIX y XX

se hacen desde el Estado (Zúñiga, 1997). La diferencia, esta vez, es que el objetivo es el propio desmantelamiento del aparato estatal y su reemplazo por un “Estado mínimo” y el mercado.

Instalación del Modelo Neoliberal

El neoliberalismo postula una defensa de la propiedad privada, la reducción del tamaño y la importancia del Estado, un rol preponderante del mercado y la privatización de las empresas públicas, en una contradictoria visión “apolítica” de la sociedad. La fuente teórica principal, reconocida por los propios neoliberales, es el pensamiento de Adam Smith con sus tres principios básicos: libertad personal, propiedad privada y rol del mercado -la “mano invisible”-. A mediados del siglo XX la obra de Milton Friedman replantea los principios liberales. “Para Friedman, la base de la prosperidad es una combinación entre la libertad de mercado y la libertad política. Las ideas motrices de Friedman son dejar al mercado actuando sin restricciones, eliminando las trabas a la libre competencia. Se debe frenar tanto el déficit fiscal, como el gasto público y la emisión de dinero, que son las causas de la inflación crónica, en consecuencia, el rol del Estado debe disminuir...” (Délano y Traslaviña, 1989: 17).

En Chile, después del Golpe de Estado, los militares luego de un comienzo dubitativo que se caracterizó por la pugna entre nacionalistas y liberales, apoyan el proyecto neoliberal impulsado por los “Chicago Boys” (Valdés, 1989), respaldados fundamentalmente por el Almirante José Toribio Merino. Estos, a diferencia de los nacionalistas, no estaban improvisando cuando presentan el “Ladrillo”, documento casi mítico en el que un grupo de economistas vinculados a la Universidad Católica presentan las transformaciones económicas para transitar a una economía de libre mercado. Una buena síntesis la presenta Rayén Quiroga, citando a Fontaine: “...originalmente fue un documento de 189 páginas, colaboraron en el los Chicago Boys y otros economistas afines, tanto derechistas como demócrata cristianos. Contiene un diagnóstico y trece capítulos sobre política de descentralización, comercio exterior, precios, política monetaria...” (Quiroga R., 1994: 117).

Sobre el documento, su autoría y su relación con la armada, hay coincidencia en la bibliografía consultada, no así sobre la “paternidad” del mismo. En algunas versiones sobre su origen, nos queda la impresión de un excesivo protagonismo de los marinos en la gestación de este documento. Tanto José Toribio Merino (1998), como Roberto Kelly (Arancibia, 2005), sugieren un rol subordinado de los economistas siguiendo instrucciones del propio Almirante, sin tener muy claro el propósito político de un trabajo que ellos habrían considerado como estrictamente académico. En el prólogo que Sergio de Castro escribe para la publicación de “El Ladrillo” en el CEP (2002), se sugiere una continuidad del trabajo desarrollado en el programa alternativo de gobierno para la candidatura de don Jorge Alessandri en 1970, reconociendo que “sólo uno de los miembros del grupo académico, sin que el resto lo supiéramos o siquiera sospecháramos, tenía contactos con los altos mandos de la Armada Nacional” (CEP, 2002: 11). Una tercera versión sobre la paternidad intelectual la exponen Délano y Traslaviña (1989), en su investigación sobre los “Chicago boys”. En ésta, Orlando Saéñz, Presidente de la SOFOFA el año 1971, asegura que el documento fue consecuencia de una iniciativa suya, según él, en septiembre de 1971:

“Invitamos a un conjunto de empresarios destacados a un seminario de dos días en el hotel O’Higgins de Viña del Mar. Allí le propusimos a esta gente un “plan de guerra” contra la Unidad Popular, porque ya se veía que la situación iba de mal en peor. El resultado concreto de esta reunión fue la formación de tres grupos de trabajo: uno de inteligencia, otro de medios de comunicación y uno de asesoría técnica y estudios económicos. Este último comenzó a trabajar casi de inmediato y al poco tiempo después, echó las bases de lo que sería el programa económico alternativo...” (Délano y Traslaviña, 1989: 24).

Más allá de la paternidad intelectual, “El Ladrillo” se constituyó en la posibilidad política de implementar las ideas que los “Chicago boys” habían venido trabajando desde fines de los años cincuenta. Las principales figuras del grupo eran: Sergio de Castro, antes decano de la

Escuela de Economía de la Universidad Católica (quien en realidad encabezaba el grupo); Pablo Barahona, antes director del Departamento de Economía de la misma Universidad; Sergio Undurraga, economista vinculado a la Universidad Católica; Emilio Sanfuentes; Manuel Cruzat y Juan Braun, ligados a grupos empresariales; Álvaro Bardón, J.L. Zavala, Andrés Sanfuentes y Juan Villarzú. Estos cuatro últimos eran economistas de la Universidad de Chile, habían estudiado en la Universidad de Chicago y formaban parte del equipo técnico del Partido Demócrata Cristiano.

El capitán de navío (r) Roberto Kelly, el puente entre los “Chicago” y la Armada, describe así el proceso de elaboración de “El Ladrillo”:

“La coyuntura específica que dio origen a esta idea fue la gira que realizó el presidente Allende en Diciembre de 1972 a Perú, Venezuela, México, Unión Soviética, Cuba y Argelia. Como Carlos Prats asumió la vicepresidencia durante unos 15 días, muchos consideramos que sería el momento apropiado para una solución de facto. Partí, entonces, a hablar con el almirante Merino y le planteé la idea de que las Fuerzas Armadas se movieran aprovechando una eventual ayuda de Prats en el poder...recuerdo que la respuesta de Merino fue muy asertiva: ... si nos movemos ahora, nos vamos a hacer cargo de este caos que no tiene salida y nos van a culpar a nosotros por esta situación. Porque, la verdad, es que no tenemos ningún proyecto alternativo que pudiéramos utilizar para salvar al país (...). Le señalé, entonces, que había que ponerse a trabajar en serio y elaborar un plan que mostrara que había salida... me contestó: “tráemelo”.

Me reuní con Emilio Sanfuentes, que a mi juicio era la persona indicada para armar el equipo (...) le conté de mi conversación con Merino y le pregunté en cuánto tiempo se podría presentar un plan económico y social para sacar adelante al país. Me contestó que en 30 días... en ese momento no sabía que ya existía un esbozo de plan económico que había realizado algún economista para la candidatura de Alessandri (...) yo le encargué la misión, le di plena libertad para trabajar, yo no participé del grupo, mi labor se ciñó a encargár el plan y ponerlo en manos de Merino (...). Trabajamos como seminarios académicos (...) creyeron que estaban haciendo un trabajo de investigación (...) no tenían idea que se trataba de una petición concreta de parte de Merino...” (Arancibia, 2005: 138-142).

No queda claro si los militares tenían conocimiento del documento antes del golpe de Estado, ni si éste tuvo alguna incidencia en las motivaciones de la asonada militar, Kelly sólo señala que el documento estuvo en conocimiento de Almirante Merino “por partes” desde los primeros días de junio de 1973. El General Leigh habría tenido información sobre la existencia del texto, por intermedio de Kelly, antes del 11 de septiembre (Arancibia, 2005). No tenemos claridad sobre el momento en que se enteró el general Pinochet.

Las transformaciones propuestas por los neoliberales apuntaban básicamente a la desregulación indiscriminada de todos los mercados, dejándolos al libre juego de la oferta y la demanda, la apertura comercial y financiera hacia la economía internacional y la reducción de la injerencia económica del Estado (Quiroga R, 1994: 117). El eje del desarrollo económico estará en la iniciativa privada y la inversión extranjera (vía D.L. 600). Los tan anunciados buenos resultados económicos recién se insinúan en 1985, después de haber sorteado exitosamente una crisis económica (1981-1983) y una larga crisis política que, “protestas” de por medio, se va a manifestar desde 1983 hasta finales de la dictadura.

Para Gabriel Salazar y Julio Pinto (2000), el desmantelamiento del modelo ISI no ocurrió de la noche a la mañana, y tampoco fue inmediata la decisión de proceder en esa dirección. La formación estatista de los militares tampoco facilitó el tránsito hacia un modelo que limitara el accionar del Estado.

“Aunque el proyecto neoliberal se venía gestando desde fines de la década de 1950...debieron transcurrir al menos dos años de discusiones internas e indecisión antes que el gobierno militar se animara a aplicarlo en toda su plenitud. El temor de agudizar el

descontento social en momentos en que la tarea prioritaria era consolidar el control político, además de la existencia de opiniones contrapuestas dentro de sus propias filas, actuó como un freno ante las presiones que desde ODEPLAN ejercieron desde un comienzo los economistas, que pronto llegarían a ser conocidos como los “Chicago boys”. Sólo en Abril de 1975, y tras el fracaso de los intentos anteriores por estabilizar la economía y controlar la inflación, se optó por confiar la política económica a ese grupo y sus propuestas...” (Salazar y Pinto, 2000: 49-50).

Según estos mismos autores, lo que proponían los neoliberales era “simple”; pasar de una economía regulada por el Estado, a una economía regulada por el mercado (Salazar y Pinto, 2000), un Estado que en la mirada de los neoliberales sería el culpable de todos nuestros males.

Las preocupaciones del Estado ahora quedaban reducidas a “combatir la pobreza”. Según los “Chicago”, la economía chilena debía concentrarse en aquellas actividades en las que el país tuviera “ventajas comparativas” en el mercado internacional. La industrialización sería definida como poco relevante para el crecimiento del país, lo que permitió que la inversión privada (grupos económicos y la inversión extranjera) se concentrara en actividades extractivas: minería, pesca y sector forestal. Con las nefastas consecuencias para el deterioro medioambiental, condiciones de trabajo y soberanía nacional que pudimos constatar apenas un par de décadas después de implementado el modelo.

Quizás uno de los aspectos más controvertidos de la instalación del modelo fue el de las privatizaciones, que al implementarse sin controles políticos fueron -por decir lo menos- “irregulares” y afectaron a todas las actividades productivas. “El proceso de privatizaciones de empresas del Estado desarrolladas en Chile entre 1985 y 1989, fue el primero en América Latina y mucho más radical que el de Inglaterra, considerada la cuna de las privatizaciones...Entre 1985 y 1989, el Estado de Chile se deshizo de 30 empresas, lo que significó una pérdida que se estimó en más de mil millones de dólares...” (Monckeberg, 2001: 22). Más de treinta años de gestión estatal con efectos positivos sobre la población, empleo, ingreso, participación, inclusión social, etc. destruido por decreto. “... La desnacionalización afectó a todas las actividades productivas, incluyendo los depósitos de minerales, las propiedades urbanas de las compañías de servicios públicos y finalmente, las compañías en las cuales la participación gubernamental había sido considerable...” (Salazar y Pinto, 2000: 22).

Para el historiador inglés Alan Angell,

“...el resultado fue la concentración de compañías y de bancos en las manos de unos pocos “grupos económicos” que establecieron estrechas conexiones de colaboración con el gobierno, proveyendo y recibiendo personal, especialmente jóvenes economistas seguidores de Castro y Barahona, que en su mayoría eran antiguos estudiantes de la Universidad Católica...” (1993: 22-23).

Los “Chicago Boys” plantearon una oposición moderno/premoderno, con una lógica parecida a la dicotomía decimonónica civilización/barbarie, colocando a la economía como la organizadora de la sociedad, descalificando las críticas y de paso al resto de las disciplinas de las Ciencias Sociales como dogmáticas y arcaicas. Para ellos, la Economía era la gran Ciencia ordenadora de la sociedad, frente a la cual el resto de las disciplinas de las Ciencias Sociales eran pseudociencias. En las palabras de Roberto Zahler, citado por Délano y Traslaviña, “... el carácter totalizante, la pretensión de cientificidad y de verdades absolutas en lo que comprende una fuerte carga ideológica, y el carácter extremista de sus planteamientos y de su aplicación práctica limita y restringe un aporte que, expresado con prudencia y mayor humildad, podría tener una influencia profunda y duradera en los distintos campos de las ciencias sociales...” (1989: 16), Zahler critica, además, la pretensión del neoliberalismo de erigirse como sinónimo de la ciencia económica moderna.

Esta modernización, especie de obsesión de los sectores dominantes a contar de 1975, se hizo a costa del universo material y simbólico (García Canclini, 1997) de un sector importante de la mesocracia y de los sectores populares. El país construido en la primera mitad del S. XX, a imagen y semejanza de los sectores medios, (con la intención) de educación, trabajo y seguridad social garantizados por el Estado, desaparece bajo la dura bota de las utopías primer mundistas. Los costos de esta modernización capitalista no fueron sólo de carácter político y social, sino también económicos. Al igual que la mayoría de los países latinoamericanos, Chile se vio afectado por la crisis de la deuda externa que en definitiva significó hipotecar su desarrollo político y social frente al FMI (Shatán, 1998).

La actitud mesiánica de los “Chicago” se basaba en una visión de la ciencia más bien decimonónica -que no se hace cargo de la “desacralización postmoderna”- anclados en la idea de verdad absoluta y objetividad. Son los nuevos sacerdotes de la modernidad, que imponen desde la economía, las visiones sobre el bien y el mal y -tal como sus homónimos en el antiguo Egipto- definen el tiempo de la siembra y la cosecha. Ellos son los portadores de la modernidad y sus derivados: Modernizaciones y Desarrollo (en su versión neoliberal). Serán las consignas que orientarán el nuevo diseño sociopolítico, Chile país moderno.

“...Los Chicago Boys fueron presentados como una oleada monetarista que desmontó las funciones de regulación económica y reconstituyó la vieja utopía del mercado auto regulado que muchos creían definitivamente sepultado en 1929...en ninguna otra parte se aplicó la teoría neoclásica con más pureza y radicalismo que en Chile... en ningún otro caso se tuvo la audacia de pretender hacer con ella la filosofía fundante de una nueva sociedad...” (Valdés, 1989: 35).

Impregnadas de este mesianismo contagioso, “...las clases acomodadas adoptaron una actitud de verdadera veneración hacia los economistas y se publicitaron tipos y roles sociales que se identificaban con una nueva y audaz generación, indiferente hacia la política y dotada de valores competitivos y del conocimiento de las leyes del mercado que caracterizaba, ahora sí, a un hombre nuevo: al chileno moderno...” (Valdés, 1989: 33). Se propone una refundación, cuyo eje social es el individualismo. Así como el rol mesiánico -de protagonista de la historia- hasta 1973 le fue atribuido al proletariado, actor colectivo y político por esencia, a contar de 1975, este rol es asumido por el empresariado, actor económico e individualista (Larraín, 1996).

Entre 1973 y 1975 los militares deben afianzar el control político por medio de la represión de los partidos políticos de izquierda, sindicatos, y cualquier manifestación de disidencia. Junto con el control político tenemos el despliegue económico, mezclado con las pugnas entre liberales y nacionalistas, el afianzamiento de la figura del general Augusto Pinochet y un panorama internacional cada vez más crítico con la dictadura. Entre 1975 y 1985 se produce la instalación económica y política del modelo (Chacarillas en 1977; Consulta Nacional en 1978; Plebiscito para la Constitución de 1980).

Condiciones Externas de la Instalación del Modelo

El orden mundial entre 1945 y 1990 se tradujo, para Chile y A. Latina en procesos de modernización directa o indirectamente relacionados con procesos globales: Modernización capitalista o modernización marxista. Y consecuentemente, Guerra Fría con su secuela de dictaduras militares, doctrina de Seguridad Nacional y Guerrillas.

Para Jacobo Shatán (1998) y Rosemary Thorp (1998), entre otros, la “crisis de la deuda” de los años ochenta, habría permitido la irrupción en América Latina del neoliberalismo al obligar a los gobiernos a aceptar las duras condiciones impuestas por el FMI. La globalización en su versión más dura y agresiva, la neoliberal, impulsó una serie de cambios políticos con los gobiernos latinoamericanos, empeñados en generar acuerdos bilaterales o multilaterales para enfrentar los nuevos escenarios económicos mundiales. El peligro para Chile y Latinoamérica fue (es) que estos nuevos escenarios solamente favorecieron (favorecen) el intercambio económico entre las transnacionales, deteriorando las condiciones políticas, sociales y culturales de la región. Al respecto, Jacques Chonchol agrega que “...los 62 mil millones de dólares colocados por inversionistas internacionales en Latinoamérica hasta

1994 son uno de los factores que más desestabilizaron las economías regionales, puesto que, en buena parte son capitales especulativos que se retiran rápidamente cuando avistan problemas...” (1999: 86).

El temor que manifestaba Eduardo Galeano (1985), a principios de los 70', vuelve a cobrar vigencia: un escenario hecho a la medida del capitalismo norteamericano en lo que Ignacio Ramonet (1997) llama la “neohegemonía norteamericana”. Tras la caída del bloque soviético, las energías de Estados Unidos se canalizan hacia la consolidación de su rol como imperio dominante. Por lo tanto, tal como en el periodo anterior, las relaciones con el resto del mundo, y en este caso con A. Latina, se hacen en función de esta condición imperial: organizar las relaciones político económicas en función de sus intereses. Consideramos entonces, que la instalación del modelo neoliberal se ejecuta como parte de la seguridad hemisférica de Estados Unidos.

Conclusiones

A modo de conclusiones aquí discutimos tres ideas que han ido decantando en el proceso de revisión bibliográfica: i) La instalación del neoliberalismo como diseño sociopolítico en Chile; ii) La capacidad del modelo para incorporarse a la sociedad chilena y proyectarse más allá de su escenario original. Y, la pregunta recurrente en la mayoría de los textos revisados; iii) ¿Habría sido posible la instalación del modelo neoliberal en un contexto no dictatorial?

i) El siglo XX chileno, en nuestra interpretación, estará marcado por dos proyectos de país. Un “proyecto mesocrático” (1925-1973) en el que se instala la política como el elemento central de la identidad, por lo tanto, la ampliación de la participación ciudadana será también la ampliación de los espacios de inclusión; Y un proyecto de “reacción oligárquica” (1973-1989), en la cual, a través de los militares, una oligarquía maquillada de modernidad, recupera el control del Estado y por medio de él plantea un nuevo proyecto, con nuevos contenidos para el eidos inspirados en el neoliberalismo. Después del año 1989 con la conformación de una “clase política” “concertacionista”, de origen mesocrático pero al servicio de un proyecto país definido por y para la oligarquía, tenemos una prolongación de la “reacción oligárquica”. Esta “clase política” asimilada haría prescindible la “tutela” militar.

A contar de la segunda mitad del siglo XX Chile experimentó una diversidad de sistemas político-económicos: el gobierno conservador de Jorge Alessandri, con propósitos de modernización capitalista; El desarrollismo con Eduardo Frei M., con un acento en los cambios sociales dentro del antiguo esquema político. El socialismo con Salvador Allende, un proyecto abortado. Y el neoliberalismo a partir del gobierno militar. Cada gobierno tenía una construcción ideológica del tipo de persona necesaria para construir país, sin embargo, a excepción de la dictadura militar, ninguna administración tuvo la continuidad como para transformar sus referentes ideológicos en referentes identitarios, es decir, la construcción de un “nuevo sujeto”. Con la posibilidad de influir desde el diseño sociopolítico en las prácticas cotidianas de la gente.

La instalación de los contenidos neoliberales del eidos en el ethos cultural, es una cuestión que podemos verificar desde la década de 1980, con la serie de cambios culturales provocados -digámoslo en términos generales- por el mercado: instalación del consumo, transformación del trabajo en el regulador de las relaciones sociales, una creciente desacralización de la sociedad (relacionada con la monetización de las relaciones sociales en desmedro de las estrategias tradicionales de asociatividad y redes sociales), entre otros aspectos. Trabajo y mercado impregnan ahora lo cotidiano. El nuevo referente es el Desarrollo en su versión neoliberal.

El Estado, “auto jibarizado” por el diseño neoliberal, aún en su condición de Estado subsidiario o Estado mínimo, mantiene su capacidad ideológica y su capacidad represiva; Cuestiones que se han ido sofisticando, desde la década de 1990 en adelante, con un sutil y férreo control de la disidencia. El Estado es el que, a través de sus instituciones, establece el tipo de sujeto que necesita para sustentar y reproducir a nivel individual y colectivo el modelo de sociedad por el cual ha optado. De esta forma, según sus requerimientos, en una relación

(ahora estrecha) Estado-mercado, el primero por medio de sus instituciones, amplía o disminuye los espacios de libertad de los grupos sociales. El elemento orientador del control social que propone el Estado es el mercado, que nos promete el acceso al “primer mundo”.

En esta orientación de mercado, el país debe construirse a la medida de las necesidades de la empresa. En este sentido, es sintomático que algunos de los ejes de los gobiernos de la Concertación (1989-2009) hayan sido cuestiones como “Superación de la Pobreza” o la “Reforma Educacional”. Ambos apuntaban a la creación de una mano de obra calificada barata y, por lo tanto, “competitiva”.

ii) Una de las cuestiones que llaman la atención es la capacidad del modelo neoliberal para permear la sociedad chilena y la rapidez con que esta ha incorporado las premisas del modelo: éxito, competencia, iniciativa privada, etc. En el contexto de los movimientos sociales durante el siglo XX, el inmovilismo de la sociedad chilena frente a la expansión neoliberal resulta atípico. El control sobre la sociedad chilena pudo ser instalado por medio del “miedo preventivo” (Quiroga P, 2000) pero ¿será posible pensar en la existencia de un temor instalado en los chilenos hasta el día de hoy? Por ejemplo, a diferencia del caso chileno, la instalación del neoliberalismo en Argentina se hizo en un contexto de democracia representativa. En este sentido, la diferencia va a estar dada por una reacción interna más decidida y confrontacional, para el caso argentino, pese a la violencia de la represión. Sin embargo, más allá de la violencia que se desata con ambos procesos, llama la atención la capacidad de reacción de los argentinos frente a la ola privatizadora, (discusión académica, movimiento social y protestas) frente al inmovilismo chileno; no olvidemos que el proceso neoliberal chileno se continuó desarrollando y profundizando en democracia.

La explicación de lo anterior la encontramos en las ideas de Gramsci (Garcés, 2002) quien nos explica que para la instalación de la hegemonía no basta la fuerza, se necesita además la persuasión. Una de las habilidades del modelo ha sido instalar en la sociedad la idea del consumo como mecanismo de “igualdad” social, una especie de inclusión por medio del acceso al consumo. En la medida en que el consumo se hace atractivo para la mayoría de la población -a través de las mediaciones financieras- se genera la base social para el modelo neoliberal, una especie de “ciudadanía credit-card” (Moulian, 1997). Esta capacidad de persuasión, permite incorporar a los sectores medios a la “utopía neoliberal” e incluso a algunos sectores del mundo popular (los “emergentes”). Como los efectos de la “inclusión” son domésticos (mejorías en las viviendas, acceso a tecnologías domésticas, etc.) la visibilización del descontento se hace más compleja.

En un Chile crecientemente individualista, los problemas se asumen como individuales y no colectivos. Económicos y no políticos. Será el mercado quien entregue las soluciones. Para el endeudamiento, más endeudamiento a través de los crecientes sistemas de créditos, para la cesantía los “subsidios de mercado” (con las facilidades de los supermercados para otorgar “tarjetas de créditos”) y un largo etcétera a cargo de los especialistas en comunicación de las empresas y de los gobiernos de turno.

Entonces la fórmula de la continuidad del neoliberalismo en Chile pareciera ser el uso de la fuerza y los dispositivos hegemónicos: educación y medios de comunicación, permeados por la ideología de los “Chicago boys” y sus herederos. A nuestro juicio, la prensa juega un rol central como elemento de control y propaganda. Dicho en términos de Bonfil (1987), el “país imaginario” (el país neoliberal) necesita controlar las manifestaciones que delaten la existencia del “país profundo”.

iii) La pregunta referida a la posibilidad de la instalación del modelo neoliberal en un contexto no dictatorial resulta ahistórica pero provocadora, lo que podemos hacer, a la luz de la evidencia y las reflexiones recogidas, es señalar pistas contradictorias. Si nos remitimos a la posibilidad del continuismo y a los dramáticos cambios sufridos por las cúpulas de la “Concertación de Partidos por la Democracia”, -que por razones de Estado o “razones confusas”- antes del plebiscito de 1988 eran anti dictatoriales y antiliberales y después del plebiscito serán anti dictatoriales y liberales. Deberíamos concluir que democracia y neoliberalismo serían compatibles, o más bien, que democracia y continuidad del modelo son compatibles. Sin embargo, desde la evidencia histórica la instalación del modelo y la democracia no son compatibles.

En estos más de treinta años de experiencia neoliberal, el neoliberalismo se reinventa con los gobiernos de la “Concertación”, lo que le permite la continuidad, separando lo político (Golpe de Estado, violaciones a los derechos humanos, etc., etc.) de lo económico. La concertación descarga la brutalidad de la instalación y del saqueo del Estado en los militares, lo que les permite seguir desarrollando el modelo sin culpas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALMEYDA, C. (s.f.). Reencuentro con mi vida. Recuperado el 15 de Marzo de 2001, de www.salvador-allende.cl: <http://www.salvador-allende.cl/Biblioteca/CAMb.pdf>
- ANGELL, A. (1993). Chile de Alessandri a Pinochet. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- ARANCIBIA, P. (2005). Conversando con Roberto Kelly V. Recuerdos de su vida. Santiago de Chile: Editorial Biblioteca Americana.
- BERMAN, M. (1995). El Reencantamiento del mundo. Santiago de Chile: Editorial Cuatro Vientos.
- BOBBIO, N. (1997). Estado, Gobierno y Sociedad. Por una teoría general de la política. México: Fondo de Cultura Económica.
- BONFIL, G. (1987). México profundo. Una civilización negada. México: Secretaría de Educación Pública y Centro de Estudios Superiores.
- CÁCERES, G. (s.f.). El neoliberalismo en Chile: Implantación y proyecto 1956-1983. Recuperado el 15 de Marzo de 2007, de www.uv.es: <http://www.uv.es/~jalcazar/gonza3.htm>
- CEP. (2002). El ladrillo: Bases de la política económica del gobierno militar chileno. Recuperado el 20 de Noviembre de 2006, de www.cepchile.cl:
- CHONCHOL, J. (1999). ¿Hacia dónde nos lleva la Globalización? Santiago de Chile: ARCIS-LOM.
- CLAUDE, M. (1997). Una vez más la miseria. ¿Es Chile un país sustentable? Santiago de Chile: Ediciones LOM.
- DÉLANO, M. y TRASLAVIÑA, H. (1989). La herencia de los Chicago Boys. Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco.
- GALEANO, E. (1985). Las venas abiertas de América Latina. España: Siglo XXI Editores.
- GARCÉS, M. (2002). Analizando nuestras prácticas de construcción de poder popular. Seminario de educación y comunicación. Santiago de Chile: El Canelo de Nos.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1997). Cultura, ideología y poder. Buenos Aires: Oficina de publicaciones del CBC, Universidad de Buenos Aires.
- GARRETÓN, M. A. (2004). América Latina en el siglo XXI. Hacia una nueva matriz sociopolítica. Santiago de Chile: Ediciones LOM.
- GAZMURI, C. (1992). Las opiniones de historiadores y sociólogos I. En M. Tagle, La crisis de la democracia en Chile. Antecedentes y causas. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- GIL, F. (1969). El sistema político de Chile. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- GUARDIA, A. (1992). Las opiniones de los analistas económico-sociales. En M. Tagle, La crisis de la democracia en Chile. Antecedentes y causas. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- HOBBSAWM, E. (1998). Historia del siglo XX. Buenos Aires: CRÍTICA (Grijalbo-Mondadori S.A.).
- JOCELYN-HOLT, A. (1992). La independencia de Chile. Madrid: Editorial Mapfre.
- LARRAÍN, J. (1996). Modernidad, Razón e Identidad en América Latina. Santiago de Chile: Editorial Andrés bello.

- MAIRA, L. (s.f.). Las relaciones entre América Latina y Estados Unidos. Balances y perspectivas. Recuperado el 20 de Octubre de 2006, de www.bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/sursur/politica/PICuno1.pdf
- MELLER, P. (1996). Un siglo de economía política chilena (1890-1990). Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- MERIÑO, J. T. (1998). Bitácora de un Almirante. Memorias. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- MONCKEBERG, M. O. (2001). El saqueo de los grupos económicos al Estado chileno. Santiago de Chile: Ediciones B.
- MOULIAN, T. (1997). Chile Actual: Anatomía de un mito. Santiago de Chile: ARCIS-LOM.
- MUÑOZ, O. (1992). Las opiniones de los analistas económico-sociales II. En M. Tagle, La crisis de la democracia en Chile. Antecedentes y causas. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- QUIROGA, P. (2000). Seminario de Historia de Chile. Santiago de Chile: Doctorado en el Estudio de las Sociedades Latinoamericanas. Universidad ARCIS.
- QUIROGA, R. (1994). El tigre sin selva. Consecuencias ambientales de las transformaciones económicas en Chile: 1974-1993. Santiago de Chile: Instituto de Ecología Política.
- RAMONET, J. I. (1997). Un mundo sin rumbo. Crisis de fin de siglo. España: Editorial Debate.
- SALAZAR, G. y PINTO J. (2000). Historia contemporánea de Chile. La economía: Mercado, empresarios y trabajadores, T. III. Santiago de Chile: Ediciones LOM.
- SHATÁN, J. (1998). Deuda externa, neoliberalismo y globalización. Santiago de Chile: LOM-CENDA.
- THORP, R. (1998). Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América Latina en el siglo XX. Washington: BID.
- VALDÉS, J. G. (1989). La Escuela de Chicago: Operación Chile. Argentina: Grupo Editorial Zeta.
- VEGA, H. (2001). Integración económica y globalidad. América Latina y el Caribe. Santiago de Chile: Ediciones Tierra Mía.
- VEGA, H. (1984). L'économie du Populisme et le Projet de Passage au Socialisme Proposé par l'Unité Populaire au Chili. Institut de Sociologie de l'Université Libre de Bruxelles, Centre D'étude et de Promotion des Relations entre les Pays de la CEE et de L'Amérique Latine (CERCAL).
- ZÚÑIGA, C. (1997). Construcción de identidad, referentes y procesos. Algunos comentarios sobre lo urbano marginal. Schola. Revista de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Temuco.